

principio de diversion este horroroso espectáculo, mas temeroso despues de un pueblo reducido á la desesperacion, atribuyó esta maldad, como dice Suetonio, á los que el vulgo llamaba Cristianos y les atormentó de todos los modos posibles.

9. No solo eran crucificados, sigue el mismo historiador, sino que los cubrian tambien con pieles de fieras para que los devorasen los perros, y á otros los untaban con cera, ó los vestian de túnicas empapadas en pez, para ponerles despues fuego; y esto con el fin de que las víctimas sirviesen de antorchas para alumbrar á los que iban de noche por las calles. Semejante género de crueldad era tan grato al tirano, que muchas veces guió por los jardines de palacio su carro á la funesta luz de estas hogueras animadas. Estendióse la persecucion mas allá de las puertas de Roma, y entonces sufrieron martirio los Santos Gervasio, Protasio, Celso y Nazario en Milán, y Vital en Roma. Nerón derramaba con tanta facilidad la sangre de los Cristianos porque nada podia temer de unos hombres que solo sabian obedecer y sufrir.

10. No opinaban del mismo modo sus súbditos idólatras, y el general descontento cundió particularmente durante el viage que Nerón hizo á la Grecia. Supo á su regreso que habian proclamado Emperador las tropas á Galba, Gobernador de la España Terraconense; y como Nerón era tan cobarde como cruel, y como el exceso del miedo le habia casi privado de juicio, esperó el golpe fatal con una estú-

pida indolencia, sin dar un solo paso para precaverse; así es que sus mismos guardias levantaron el grito á favor de Galba. Entonces huyó de Roma en medio de la noche, cubierto de un mal vestido para que no le descubriesen. Retiróse á la casa de campo de Faón, uno de sus libertos, situada á legua y media de la ciudad. La sed vino á atormentarle en su fuga, y se vió precisado á beber de una agua cenagosa que llevó á los labios en el hueco de su mano. Entonces no pudiendo tener á raya su dolor exclamó gimiendo: *¡No son estos los licores que bebia Nerón!*

Despues de haber sabido que el Senado no solo le habia proscripto, sino tambien condenado á ser azotado hasta morir á la fuerza de los golpes, á la luz del nuevo dia vió cercada la casa de gente que venian á buscarle. Atravesóse el cuello con un puñal para evitar el suplicio que le esperaba, y murió el año 68 de Jesucristo, á 9 de Junio, en el mismo dia en que hizo despojar de la vida á su madre. No habia cumplido treinta y un años de edad cuando murió, y reinó solos trece y medio: pero tan corta vida bastó para que este monstruo de crueldad hiciese detestable su nombre, aun á los mismos tiranos.

11. Los pueblos proclamaron á una voz Emperador á Sergio Galba, á la edad de setenta años, y solo gozó de esta dignidad nueve meses. Su equidad y su severidad le hicieron odioso á las tropas, que le quitaron la vida por las intrigas de Oton á quien luego aclamaron Emperador.

12. Cuasi al mismo tiempo eligió el ejército de

la Germania inferior á Vitelio su General; y marchando este á Italia venció á Oton, quien se mató á sí mismo despues de un reinado de tres meses. La noticia de la muerte del último Emperador de la familia de los Césares, y del partido que habian adoptado los soldados llegó entretanto al egército de Siria, é indignado de que un Vitelio osase alzarse con el supremo mando, lo confirió á su General Vespasiano, que se obligó á aceptarlo contra su voluntad. Púsose este en marcha al punto para la Palestina, y confió á su hijo Tito el cuidado de subyugar la capital de Judea. No podia hacer frente ni aun al solo nombre de Vespasiano el voluptuoso y disoluto Vitelio, y fue derrotado en medio de Roma, estando todavía su rival en Oriente. Despues de haberle asesinado sus mismos soldados, y despues de haber ultrajado de mil modos su cuerpo, le arrojaron al Tiber, sin haber cumplido un año de reinado. Vespasiano estando bien seguro de la estimacion y afecto que le profesaban los Romanos, esperó en Alejandría el tiempo oportuno para hacerse á la vela.

13. Este Emperador vió en Egipto á Apolonio Tiano, que regresaba de España, á donde se habia retirado cuando Nerón obligó á todos los filósofos á salir de la capital del Imperio, sin que hubiese apreciado en lo mas mínimo las operaciones extraordinarias de Apolonio, que no tuvo la fortuna de agradar á un tirano tan caprichoso como cruel: aunque por otra parte este filósofo, por una inconsecuencia muy comun en semejantes sabios, vitupera-

ba abiertamente á los Magos, llamándolos impíos y homicidas. Consistia la magia, segun Apolonio, en sacrificar al modo de los bárbaros, invocando el auxilio de los demonios; y pretendia inculcar que en los prodigios que él hacia por medio de las ceremonias griegas, intervenian los dioses.

Tales eran su preocupacion y su orgullo nacional; pero en este filósofo andaban apareados el fanatismo, la impostura y la ceguedad, como puede colegirse del suceso mas prodigioso que de él se cuenta.

Cayó en un letargo profundo una muger jóven de familia consular, que estaba próxima á casarse, y todos la juzgaban muerta. Acompañada de su futuro esposo todo anegado en lágrimas, era llevada al sepulcro en un féretro descubierto segun costumbre, y arrimándose Apolonio al mancebo le dijo que pronto hallaria consuelo. Despues de haber pronunciado algunas palabras ininteligibles Apolonio, la muger se repuso poco á poco de su accidente, recobró el habla y las fuerzas hasta el estremo de conseguir volver por su pie á la casa paterna. Sin embargo aseguraron muchos testigos, que habian observado con atencion al fingido taumaturgo, que la jóven respiraba antes del prodigio, y aun añadieron qua bastaba para que recobrase el sentido la frescura de la mañana. Fue uno de los primeros que corrieron á presentarse á Vespasiano Apolonio, deseando como todos los impostores darse á conocer en los grandes teatros. Procuraban adquirirle los amigos de este nuevo Emperador una celebridad que á pesar de su mediano ná-

cimiento, le asegurase una suerte mas feliz que la de tantos ambiciosos que en tan breve tiempo habian caido del trono de los Césares. Era la primera ciudad del Oriente y la segunda del Imperio Alejandría, donde iba á embarcarse para Italia. Y sus habitantes que como Griegos y Egipcios, eran los mas supersticiosos de todos los pueblos, debian principalmente tributar homenaje á un Emperador amigo de los dioses, y para que no dudasen que Vespasiano lo era, se divulgó que obraba milagros. Burlóse él mismo de esta impostura, pero la dejó correr; y es verosímil que Apolonio tan versado en semejantes maniobras, no fue inútil á este Príncipe, de quien se dijo que habia curado á un ciego y á un manco en nombre del Dios Sérapis; pero los médicos á quienes se consultó afirmaron que estas enfermedades no eran incurables.

Sea lo que quiera de este prestigio no cabe duda que contribuyó á fortalecer el poder de Vespasiano (1). Estaba en la firme creencia todo el Oriente como la Judea de que segun los oráculos de las divinas Escrituras, habia de salir por aquel tiempo de la Palestina un Conquistador que subyugase á todo el universo, confundiendo de este modo la potestad temporal con el reino espiritual del Mesías. Los sensuales Israelitas esplicaban estas profecías del libertador de Israel, que esperaban con impaciencia; y los cortesanos de Vespasiano las aplicaban á este Príncipe; siendo lo mas extraño que Josefo (2), aun-

(1) *Suet. in Vesp. cap. 4. Tacito hist. lib. 5.* (2) *Josefo de bello judaic. lib. 3. cap. 27.*

que tan sabio y judío, no se avergonzó de divulgar con su pluma esta sacrilega adulacion.

14. Tito, que habia quedado en Palestina para dominar á los rebeldes, procedió con aquella prudencia y dulzura que hicieron en adelante las delicias de Roma. Ansiaba sobre manera la paz, y lo mismo todos los Judíos prudentes y mas dignos de estimacion por su buena conducta; pero la tumultuosa plebe solo deseaba conmociones y violencias dando á su furor el nombre de libertad y celo por la Religion.

15. Consolidóse de este modo la horrible faccion de los celotas que se habia levantado en la revolucion. Estuvieron en los principios divididos en varios partidos, que fulminaban su ira sobre todos los que se les oponian, especialmente en las aldeas y en los campos; pero poco á poco fueron reuniéndose entre sí con los soldados que pudieron seducir, y despues vinieron todos juntos á caer sobre Jerusalem abandonada á la anarquía, y se apoderaron sin resistencia del supremo mando. El robo y los insultos eran los menores males que se cometian en medio de estos públicos latrocinios; porque la sedicion no respetaba mas la vida de los ciudadanos que sus bienes ó derechos comunes. Sin embargo el Pontífice Anano, á quien todavía veneraba el pueblo, ya por su experiencia, ó ya por su edad y grave aspecto, animó á la multitud contra los sediciosos; aunque no pudo estorbar que se apoderasen del templo, en cuyo sitio tan ventajoso por su situacion como por su fábrica,

se fortificaron hostilmente. Desalojaronlos al fin del recinto exterior, y recelosos ellos de que los obligasen á abandonar el segundo llamaron en su auxilio á los Iduméos.

16. Estos bárbaros siempre preparados á pelear ó á robar, acorrieron con presteza en número de veinte mil. No les era fácil penetrar hasta el sitio que ocupaban sus amigos, pero una terrible tempestad que sobrevino durante la noche les presentó la ocasion de llegar hasta cierto parage donde pudieron unirse con los celotas, que hicieron una salida á este fin. Acometiendo entonces juntos á sus enemigos que dudaban á qué lado acudir primero, hicieron tan horrible carnicería, que inundaron de sangre todos los sitios inmediatos al lugar santo, y perecieron en esta desgraciada noche ocho mil y quinientas personas. Derramáronse despues los Idumeos por toda la ciudad, donde dieron iguales muestras de su bárbaro furor. A pesar de ser tan crueles en sus primeros impulsos, no habian llegado á aquella perversidad por hábito que á sangre fria se lanza á los mayores escesos, y que solo podia convenir á los asesinos del Hombre-Dios. Vueltos en sí los Iduméos se retiraron maldiciendo á sus llamadores, y aun pusieron en libertad á dos mil nobles que los celotas tenian encarcelados. Los sediciosos se fortalecieron con este ausilio pasagero, é indignados de su retirada llevaron á cabo su iniquidad. Casi todos los ciudadanos distinguidos en breve tiempo se vieron inmolados con diferentes pretextos, y la mas fatal acusacion era la de quererse

pasar al campo de los Romanos; pues aunque fuese calumniosa, costaba infaliblemente la vida á los acusados. Aun despues de la muerte eran perseguidos, y estaba prohibido el que se les diese sepultura, prefiriendo esponerse á una infeccion contagiosa antes que disminuir la crueldad de la proscripcion, haciendo enterrar los cadáveres que cubrian ya todas las calles.

17. Dividiéronse por fin estos malvados discordes entre sí: Juan que habia venido de Giscala á juntarse á su partido, iba insensiblemente levantándose con la mayor autoridad. No podian sufrir esto los mas antiguos gefes de la sedicion, y fue menester que se dividiesen en dos facciones. Retiróse Eleázaro caudillo de la una á la parte interior del templo con dos mil y cuatrocientos hombres, y Juan de Giscala ocupó el recinto exterior con seis mil.

Un estrangero de origen llamado Simon, hijo del prosélito Gióra, que se habia distinguido por su valor en la derrota de Cestio Gallo, tuvo noticia de la muerte del Pontífice Anano, y quiso ponerse al frente del pueblo de Jerusalem, para oponer diques al poder de los celotas. Abandonó con este objeto el castillo de Masada, donde se hallaba destinado por los sicarios, y corrió á acamparse por algun tiempo á la falda de los montes de Judea. Reunió allí un ejército numeroso compuesto de los ladrones que infestaban los campos, y de los esclavos que atraía el amor de la libertad. Opusieronse á sus progresos los primeros gefes de los sicarios, convertidos ya en rivales;

pero les presentó muchas batallas, en las cuales salió vencedor, y despues se situó junto á las puertas de la ciudad con treinta mil hombres.

Las circunstancias favorecian á Simon, porque el odio público contra Juan de Giscala habia llegado al último extremo, y además de su altivéz y natural dureza, no podia sostener su autoridad sobre aquellos bandidos, sin permitirles todo género de crímenes. Eran estos no solo crueles, sino voluptuosos y desenfrenados, y se abandonaban á todo género de liviandades. Despues de violentar á las mugeres mas nobles las despojaban de sus vestidos, y poniéndoselos con sus adornos imitaban su modo de andar, sus artificios y todo lo que el pudor prohíbe referir. El pueblo de Jerusalem indignado y horrorizado contra semejantes mónstruos, juzgó ganar mucho en elegir á Simon por su general, y le abrió las puertas entregándose en manos de los ladrones que le acompañaban.

Sobresalieron entonces á un mismo tiempo tres partidos distintos en la república, los dos de celotas divididos entre sí, y el tercero el de los sicarios conducidos por Simon de Gióra. Unos á otros se declararon una cruel guerra, pusieron fuego á la mayor parte de las obras exteriores del templo, y consumieron las llamas juntamente con estos edificios el trigo que habian acumulado en abundancia y que les era tan necesario para sostener un obstinado sitio. No obstante cuando se trataba de hacer frente á los Romanos reunian todas sus fuerzas, y se congregaban por una costumbre, que habia degenerado ya en fanatismo.

para celebrar los sacrificios, con cuyas víctimas se mantenian muchos de ellos. Esta concordia poco duradera solo servia para la mayor profanacion de un culto que el Señor miraba ya con desagrado; porque subiendo de punto muchas veces el furor de los partidos opuestos, en medio de aquellos egercicios de Religion sucedia que los Sacerdotes y los que mandaban sacrificar eran allí asesinados ó heridos gravemente: y se regaba el suelo todos los dias de sangre humana.

18. No se habian apresurado los Romanos sabedores de estos desórdenes y discordias á acometer la capital, y holgaban de que los ciudadanos se aniquilasen y destruyesen por sí mismos, contentándose entretanto con talar los campos para que careciesen de víveres. Pero al fin poco antes de Pascua acordó Tito sitiar á Jerusalem con cuatro legiones romanas, y con las tropas auxiliares del Rey Agripa; de Autíoco, Rey de Comagena; de Soén, Rey de Emesa; y de Malco, Rey de Arabia. Voló luego á apostarse tanta multitud de combatientes á un cuarto de legua de la plaza, que se halló reducida á los mas estrechos términos. Habia dentro un número asombroso de Israelitas; y puede calcularse este por el de los corderos que se consumieron en esta última Pascua, que pasó de doscientos cincuenta mil segun la cuenta de los Romanos. Reuníanse por lo menos diez personas para comer cada carnero, lo que hace una suma de mas de dos millones y quinientas mil almas, sin contar los que no estaban purificados segun

la ley, y otros á quienes la edad dispensaba de su observancia. Los víveres se acabaron muy pronto, y la hambre principió á hacer estragos. Á esta calamidad deben añadirse los horrores de la peste, causada por la infeccion del ayre contaminado con los cadáveres insepultos que por todas partes se veían.

19. La faccion de los celotas, que ocupaba lo interior del templo, el dia de los Ázimos que en este año 70 de Jesucristo fue el 14 de Abril, abrió las puertas al pueblo que acudia á adorar al Señor. Juan de Giscala, caudillo de la faccion acantonada en la parte exterior, hizo que se introdujesen furtivamente con el pueblo muchos de los suyos con armas ocultas; y lanzándose sobre los del partido de Eleázaro, destruyeron una gran parte de sus tropas, sujetaron á las demás, y se hicieron dueños de lo interior como lo habian sido de lo exterior de este vasto edificio. Así los celotas quedaron reducidos á un partido que peleaba bajo las órdenes de Juan; y los sicarios animados mas que nunca por el ambicioso Simon de Gióra eternizaron la discordia y la desolacion.

20. Tito con seiscientos caballos se adelantó con el objeto de reconocer la plaza, y juzgó que los ciudadanos cansados de sus males le abririan las puertas; pero los tiranos habian tomado sus medidas para que esto no sucediese, y nadie se atrevia á disgustarlos; y por el contrario hicieron una salida en la cual faltó poco para que aquel Príncipe pereciese. Al dia siguiente se acercó con mas circunspeccion, y sentó sus reales muy cerca de los muros. Era

en extremo ventajosa la situacion de Jerusalem, y el arte se esforzó empleando todos sus conocimientos para hacerla inconquistable. La ciudad cercada por todos los sitios espuestos al ataque de una triple muralla estaba situada en dos montes, y fortificada con una hermosa ciudadela que se llamaba la torre Antonia; y á esta se agregaban las fortalezas del palacio y del templo no inferiores á la primera. No faltó el tiempo necesario para fortificar estos baluartes que estuvieron muy pronto en estado de defensa. Los Romanos forzaron la primera fortaleza á los quince dias del sitio, que era el 3 de Mayo, entrando por una anchurosa brecha abierta con el ariete á vista de los sitiados. Así se hicieron dueños de la parte septentrional de la ciudad hasta el valle de Cedron, á cuyo lado opuesto habia otros dos baluartes. Los Romanos confiaban que los Judíos se rendirian antes de llegar á los últimos extremos y se abstuvieron de toda violencia. Forzó Tito la segunda fortaleza cinco dias despues, y hubo muchos combates sangrientos. Allí permitió antes de afianzarse en ella descansar á sus tropas, y solo se aprovechó de su superioridad para exhortar de nuevo á los rebeldes que se sometiesen, porque su espíritu compasivo é indulgente no podia determinarse á destruirlos.

Envióles á este fin á Josefo antiguo Gobernador de Jotápata, creyendo que un hombre de su nacion, que tantas pruebas tenia de la clemencia del vencedor, los reduciria mas fácilmente á que la solicitasen. Mas ninguna de las razones de este elocuente Emba-

jador consiguió persuadir á los gefes , ni hacer en sus ánimos la mas leve impresion. Sin embargo muchos particulares se animaron de los mismos sentimientos del enviado , y se entraron en los campos de los Romanos con disimulo y secreto , siendo recibidos con toda humanidad. Redoblaron su cruel vigilancia los dos tiranos Juan de Giscala y Simon de Giora , haciendo pasar á cuchillo á cualquiera que se arrimaba á las puertas de la ciudad sin orden suya , y se servian tambien de este pretesto para calificar de traidores á cuantos habian incurrido en su desgracia.

Ni en los mercados ni en sitio alguno se encontraban ya víveres , y el hambre seguia siendo menos sufrible. Allanaban para saquearlos entretanto todos los edificios los sediciosos , que abandonando á los demás habitantes á la miseria solo de sí mismos tenían cuidado. Atormentaban con crueldad á cuantos conservaban algunos víveres y no los manifestaban. Adivinaban por el semblante y por la robustéz á los que estaban bien mantenidos , y los entregaban á la tortura ; hasta que la miseria fue en breve tan estremada que muchos trocaron su patrimonio por una medida de cebada , y encerrándose despues en lo mas oculto de sus casas hacian pan á la ligera , ó comian el grano crudo esperando á la muerte que ya no podian evitar. Devoraba la carne sin detenerse en cocerla el que conseguia un pedazo de ella , y los de una misma familia se arrebataban los bocados unos á otros , sin perdonar el marido á la esposa , ni la madre á su hijo que espiraba entre sus brazos. De suer-

te que la fuerza decidia del derecho , porque el peligro y la necesidad habian borrado todos los sentimientos y todos los afectos naturales. Nada se podia retraer mucho tiempo de la vista de los sediciosos. Al ver una puerta cerrada la echaban en tierra , asian de los cabellos á las mugeres que conservaban algun pan , arrastraban por el suelo á los niños que tenían un bocado en la mano , ó los acoceaban , ó estrellaban contra la pared para obligarles á soltarlo. Robábanles á los mas infelices las yerbas que iban á coger de noche fuera de la ciudad con peligro de su vida ; porque Tito hacia prender á los que salian á buscar comestibles , y como casi siempre eran estos perseguidos por los emisarios de los tiranos , se veían precisados á pelear antes de rendirse.

21. Los sitiadores crucificaban sin piedad á todos aquellos que cogian con las armas en la mano , para aterrar á los rebeldes ; y hubo dia en que sacrificaron quinientos , de modo que ya nó encontraban cruces ni sitios donde colocarlas. Así esta nacion deicida halló un castigo análogo al crimen que ocasionaba principalmente sus calamidades.

Los soldados idólatras injuriaban tambien de todos los modos posibles á estos infelices al tiempo de darles muerte , repitiendo los ultrajes y crueldades que estos emplearon con Jesucristo. Estos cadáveres los esponian á la vista de sus parientes y amigos , que desde lo alto de las murallas daban gritos de rabia y desesperacion. Enviaban tambien á la ciudad á algunos de estos desventurados cautivos despues de